

# Contra el multiculturalismo

Roberto García Jurado\*

Giovanni Sartori. **La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros**: Taurus, Madrid, 2001, 139 pp.

LA DEMOCRACIA ES UN CONCEPTO que se ha puesto de moda desde hace algún tiempo. Prácticamente no hay discurso, análisis o estudio político que no aluda a ella. Este uso indiscriminado al que ha sido sometida propicia que se le añadan un sinnúmero de adjetivos, algunos antagónicos, como democracia burguesa y democracia popular, democracia liberal y democracia totalitaria o democracia formal y democracia sustantiva. Todo este ajeteo conceptual ha producido una notable confusión de términos, y para esclarecerlos ha sido necesario desarrollar toda una teoría de la democracia, la cual si bien no ha resuelto el problema, al menos se ha convertido en un terreno apropiado para dirimir las abundantes controversias.

Algo muy similar ha sucedido recientemente con los conceptos de pluralismo y tolerancia. Ambos han adquirido una valoración nítidamente positiva en el vocabulario político y sociológico, por lo que se han convertido también en una especie de talismán para todo aquel que los invoca. Sin embargo, este uso recurrente les ha inyectado una polivalencia muchas veces contradictoria, por lo que la dilucidación y aclaración de su significado se ha convertido en una de las tareas más socorridas en las ciencias sociales.

El libro de Sartori *La sociedad multiétnica* tiene como objeto esencial participar en el debate actual sobre el pluralismo y la tolerancia, situándose en el campo del liberalismo y atacando a la corriente que se ha denominado multiculturalismo. El contenido esencial de este libro fue bosquejado en el artículo “El pluralismo y sus interpretaciones”, publicado en *Revista de Occidente* en enero de 1997. Ya en ese texto planteaba que una de las fuentes más importantes del pluralismo se podía encontrar en el puritanismo, el cual adoptó la iniciativa trascendental de

despolitizar a la sociedad, de separar las esferas del Estado y la sociedad mediante la afirmación del derecho de formar asociaciones voluntarias independientes del poder público.

Entonces planteaba que aunque el puritanismo explica sólo en parte el nacimiento y origen del pluralismo, el impulso que dio a las asociaciones religiosas voluntarias fue un factor fundamental para éste. Incluso se puede decir que para Sartori el aspecto más importante del pluralismo contemporáneo radica en promover asociaciones y agrupaciones sociales a las que los individuos puedan adherirse de manera voluntaria, sin que importen sus características personales, origen social o pertenencia religiosa, es decir, que no sean organizaciones excluyentes sino integradoras. Es muy importante que estas asociaciones tengan este carácter porque sólo así tendrán la capacidad de propiciar una afiliación múltiple, esto es, la adhesión y pertenencia simultánea de un individuo a varias asociaciones sin que haya objeción de principio para ello, sin que la inclusión en alguna lo invalide automáticamente para entrar en otra.

De acuerdo con el planteamiento de Sartori, sólo una concepción del pluralismo de este modelo puede servir como soporte eficiente y adecuado a la democracia. En tanto que la democracia contemporánea es simultáneamente consenso y disenso, conflicto y acuerdo, los individuos deben tener a su disposición asociaciones que les permitan tanto la confrontación como la reconciliación. Estas organizaciones deben servir para que los individuos persigan sus fines particulares, incluso a riesgo de enfrentarse y chocar contra los intereses de otros individuos. Pero, para que estos conflictos no amenacen la integridad y la concordia social, debe haber otro tipo de asociaciones que permitan la reconciliación, que incluyan dentro de sus miembros a individuos de diversas procedencias, aun aquellos que en otro campo social estén en bandos separados; es decir, estas otras asociaciones deben permitirles estar unidos para algunos fines sociales aunque en otros estén separados. Para Sartori, la democracia a gran escala, la que existe en una organización política como los Estados-nación modernos, requiere de un pluralismo así para preservarse y reproducirse. El objetivo del libro de Sartori es, por un lado, plantear su concepción de pluralismo y tolerancia, pero acaso más importante para él resulta criticar los planteamientos del multiculturalismo. Esto se debe a que, de acuerdo con su

descripción, el ejemplo de pluralismo que propone el multiculturalismo debilita y socava las bases de la democracia y el Estado modernos. Esta segmentación de la sociedad en diferentes grupos culturales es el único medio que los multiculturalistas admiten para establecer un esquema adecuado de convivencia y justicia social. De acuerdo con esta corriente, la dinámica social y política modernas se caracterizan por favorecer automáticamente a los individuos que pertenecen a la cultura mayoritaria de la sociedad, afectando consistentemente y permanentemente a los miembros de las culturas minoritarias. Así, ante esta realidad, los multiculturalistas plantean que el Estado debe actuar para neutralizar este desequilibrio, debe poner en marcha políticas públicas, normas especiales y aun otorgar derechos sociales diferenciados para construir un esquema de justicia social efectiva.

Como se puede ver, esta es la manera en que se enfrentan actualmente el liberalismo y el multiculturalismo. El primero defiende la universalidad de la ley, la igualdad de los derechos y una ciudadanía ambivalente, dotada de derechos pero también de obligaciones. El segundo plantea la legitimidad de leyes particulares, derechos diferenciados y una ciudadanía asentada más en derechos que en obligaciones. Ambas perspectivas pretenden dar respuestas a los reclamos de justicia social que brotan en todo el mundo, en todas las sociedades, ya sean desarrolladas o en vías de serlo, pero los medios y recursos que ofrecen para lograrlo son, obviamente, bastante distintos.

Sartori ataca al multiculturalismo porque lo acusa de minar aquello que pretende apoyar: la integración y la concordia social. Reconoce que una gran parte de las sociedades modernas son heterogéneas, algunas de ellas de manera extrema. Sin embargo, esta realidad social a la que se llegó por medio de un accidentado y azaroso proceso histórico no debe ser presentada como un ideal o un modelo, por el contrario, se debe aceptar esa configuración donde ya existe, pero no fomentarse. Como muchos clásicos del pensamiento político lo han concebido, la mejor base para el Estado es la sociedad homogénea, así que donde haya composiciones heterogéneas las instituciones políticas se deben aplicar para remediar ese inconveniente, tal como sucede en las sociedades modernas, en las que el pluralismo es uno de los recursos que se emplean para ello. No obstante, siempre que la diversidad cultural de una sociedad es una dificultad adicional

para promover la estabilidad y concordia social, el pluralismo debe servir para atenuarla y reducirla, no para acentuarla y multiplicarla.

A pesar de que a Sartori lo asiste la razón en su planteamiento de principio, no se puede ocultar que resulta un tanto difícil aceptar el conjunto de su argumentación. Uno de los más notables inconvenientes de ésta concierne a los límites y alcances del pluralismo. Para él, una de la virtudes de éste es que reconoce la bondad y conveniencia de que haya muchos valores, conductas y concepciones distintas en la sociedad, es decir, de constituir el lado opuesto al monismo y a la uniformidad, tan caros a los regímenes totalitarios. Sin embargo, a la vez plantea que este pluralismo debe tener un límite, que la variedad es conveniente sólo hasta cierto punto, por lo cual ésta se debe aceptar sólo en la medida en que ya existe, definida por las fronteras políticas vigentes. Así, si ya es difícil definir el grado hasta el cual llega la bondad del pluralismo, todavía es más difícil aceptar que ese grado está dado sencillamente por el actual momento histórico. Esta solución nos lleva al principio del problema, pues debido precisamente a que los límites de los Estados modernos se definieron de manera incidental y casuística, muchas de las minorías que quedaron atrapadas en ellos se sienten permanentemente afectadas. Los alcances de los efectos positivos del pluralismo no pueden asociarse pura y simplemente a la situación actual, pues si con ello bastara, habría que pensar que esta misma declaración hecha 15 años antes descalificaría y haría redundante, por ejemplo, la independencia de los países bálticos y de varios otros países frente a la URSS; la separación de la República Checa y Eslovaquia; o la lucha para la creación de un Estado palestino.

Pero si la argumentación teórica de Sartori es insuficiente en ciertos aspectos, las objeciones abundan cuando sugiere algunas soluciones para problemas políticos concretos. Independientemente de la pertinencia y tino de varias de sus críticas al multiculturalismo, tres de sus propuestas políticas son bastante discutibles, esto es, las que se refieren a los flujos migratorios actuales, al racismo, y a la igualdad de las culturas.

La primera parte del libro es puramente teórica, en ella se exponen los conceptos fundamentales de la tolerancia y el multiculturalismo. La segunda parte trata algunas cuestiones teóricas, pero se refiere principalmente a problemas de tipo práctico, especialmente a la migración hacia Europa. Sartori plantea que muchos

de los problemas sociales y políticos que enfrenta ahora el continente se han generado por los crecientes flujos migratorios que llegan procedentes de África, Asia y América Latina.

Muchos de ellos llegan a lugares en donde no hay oportunidades productivas ni las mínimas condiciones de infraestructura urbana o social para albergarlos, por lo que la aportación del trabajo inmigrante es inviable, Sartori considera incluso que su contribución a la creación de riqueza económica es tan sólo un mito. Más aún, Sartori sugiere que una buena proporción de esta inmigración llega atraída por los altos niveles de vida y bienestar que ofrecen estas sociedades, por lo que esperan compartir y disfrutar automáticamente de esas ventajas. Aunque Sartori describe una parte del problema, no lo presenta en toda su complejidad, no agrega que una buena parte de los flujos migratorios que se dan en el mundo obedecen a los efectos de la globalización económica, a que la integración de las economías está distorsionando los mercados de trabajo y acentuando las diferencias entre las economías desarrolladas y las atrasadas. Así, Sartori resalta sólo la dimensión moral de un problema que tiene alcances más amplios, globales.

Algo similar sucede con el racismo. Sartori plantea que la sociedad europea no sólo tiene problemas materiales para integrar al creciente número de inmigrantes, sino que enfrenta el hecho de que muchos de ellos son inintegrables, de que se muestran renuentes a ello porque rechazan la cultura, la sociedad y las instituciones políticas del lugar al que arriban. Esta conducta se presenta principalmente en los musulmanes, quienes no sólo atacan los valores y costumbres occidentales sino que tienen una concepción social y política teocrática, totalmente opuesta a la concepción liberal-constitucional europea. Así, al no desear integrarse, los inmigrantes, y especialmente los musulmanes, adoptan una posición racista contra el europeo, convirtiéndolo en objeto y no en sujeto del racismo. Con todo, Sartori insiste en presentar el problema de manera parcial; en lugar de explicar integralmente los orígenes y las fuentes del racismo, lo atribuye a un grupo que lo utiliza como recurso de resistencia y sobrevivencia. Todas las sociedades son capaces de desarrollar conductas discriminatorias, el racismo incluido, pero en este caso esta conducta se atribuye a un grupo que no tiene las condiciones materiales para ejercerlo con fines discriminatorios y, sobre todo, se disocia de él a una sociedad que lo ha ejercido con este fin durante los últimos

siglos.

La manera en que Sartori interpreta la desigualdad de las culturas tiene el mismo sesgo. Critica que el multiculturalismo plantee la igualdad de las culturas cuando es evidente que son desiguales. No expone con claridad su concepto de cultura y los criterios que emplea para decretar su desigualdad, simplemente ejemplifica poniendo el caso de Tolstoi, diciendo que escritores como él demuestran que las culturas no son iguales, que cuando las más atrasadas produzcan escritores de este nivel, entonces se podrá revisar la correlación. Sin embargo, Sartori no reconoce que la igualdad de culturas a la que se refiere el multiculturalismo no alude a este terreno, al de las bellas artes, sino que se refiere a que la cultura de una comunidad es su modo de vida, creencias, costumbres y, sobre todo, su manera de sobrevivir y enfrentar las condiciones externas, es decir, es su modo de existir. Entendiéndola así, la cultura es el patrimonio que todo individuo tiene para sobrevivir, para apropiarse del mundo exterior; en este sentido es en el que se puede plantear que todas las culturas son iguales.

Todas estas insuficiencias permiten ver que el Sartori de *La sociedad multiétnica* es uno distinto del de *Teoría de la democracia o Partidos y sistemas de partidos*. En aquellos libros rebosa rigurosidad, agudeza y profundidad; no por nada le llevaron años de investigación y estudio. Pero en este nuevo libro, aunque se trata de un muy breve ensayo, lo que se observa es superficialidad, prisa y descuido. La democracia liberal y el liberalismo político tienen herramientas mucho más consistentes para combatir al multiculturalismo de las que Sartori esgrime pero, además, el multiculturalismo plantea interrogantes y cuestionamientos válidos y pertinentes, los cuales difícilmente se pueden descartar con tanto desdén.

---

\* Departamento de Política y Cultura, UAM-X